

## Tres modos de manifestación en la Epifanía de Jesús

*Entresacado del libro  
«Elevaciones sobre la vida y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo»,  
de Monseñor Charles Gay:  
Elevación 18, la Epifanía de Jesús.*

«Epifanía» quiere decir *manifestación*.

Jesús es una luz que nos es dada, ya que El es Dios, y «Dios es luz» (Jn. 1 5), y es también «el Don de Dios» (Jn. 4 10), el Don por excelencia. El es a la vez un centro y un foco, pues viene para irradiarse, por así decir, y derramar su luz sobre toda la Creación.

*Las tinieblas terrenas con que El mismo se envuelve voluntariamente tienen como fin asegurar mejor esta iluminación interior que encuentra su principio en la Encarnación. Si parece cegar a los cuerpos, es para devolver la vista a las almas, y también para libramos de la tiranía de los sentidos.*

*Para ello se valdrá, es verdad, de los sentidos; tendrá unos que le serán propios, y para eso mismo se hizo carne; pero es para hablar a nuestros sentidos a través de los suyos, a fin de encauzar los nuestros y llevarlos de nuevo al orden. Y como nuestros sentidos se desviaron demasiado del orden, El comienza por castigarlos, humillarlos e imponerles privaciones; y de esta manera logra purificarlos y ponerlos de nuevo bajo la regla.*

Jesús es redentor en todo cuanto hace en este mundo; sus actos, al mismo tiempo que nos enseñan, nos redimen e inauguran la obra de nuestra salvación. En resumen, El quiere revelarse a todos, dar a la verdad un testimonio universal, y declarar a todo el género humano el nombre de su Padre, que es también su nombre, o mejor dicho, El mismo es ese nombre.

Por eso la Epifanía sigue inmediatamente a la Navidad. Pero esta luz que da la vida, Jesús quiere difundirla con sabiduría, y la hace ondular hasta nosotros –por así decir– por grados.

Tres clases de personas la reciben, pero en medidas distintas: los **santos**, los **sencillos**, y los **doctos**; y para percibir estas diferentes epifanías de Jesús, también hay como tres clases de ojos: la **ciencia**, la **fe**, y la **oración** o la mística.

Todo esto está divinamente figurado en el pesebre. La *ciencia* y los *doctos* están representados por *los magos*; la *fe* y los *sencillos*, por *los pastores*; la *oración* y los *santos*, por *San José*.

*María Santísima queda aparte, en un lugar que le está reservado a Ella sola, que forma parte de un orden especial y demasiado divino para no ser muy secreto.*

### 1º La ciencia.

La *ciencia*, significada por *los magos*, es en realidad la última en ser iluminada.

1º Ella viene de más lejos; le hace falta más tiempo; tiene un largo y laborioso viaje por hacer. Ella observa, razona, compara, y no se decide sino a su debido tiempo. Ella considera los astros y calcula las épocas. Eso es lo que la motiva a ponerse en marcha y a investigar.

2º Con todo, hace falta que Dios la ilumine con un rayo muy particular, y condescienda a hablarle en el único idioma que ella entiende; sin lo cual nunca dejaría su lugar de origen.

3º Es más, ni este primer socorro que la estimula en la región lejana en que vive, ni sus observaciones y razonamientos, ni la conclusión práctica que de ellos saca, ni siquiera la sinceridad y la energía con que se aplica a descubrir esta verdad que Dios le ha mostrado a través de un signo, bastan para conducirla al término, al pleno conocimiento, al bien que salva y que da la vida, es decir, a Jesús y a María. Para eso se requiere que ella, en su camino, se tope con la institución sobrenatural —en otros tiempo la Sinagoga, y ahora la Iglesia— y se deje informar por ella; hace falta que la interrogue y reciba de ella las últimas instrucciones.

4º Sólo entonces, informada y confirmada, porque ya se ha hecho resueltamente creyente, llega a Belén, en donde encuentra todo lo que el hombre necesita en esta vida, esto es, «*al Niño y a su Madre*» (Mt. 2 11). Ella lo adora, le presenta sus acatamientos, le rinde sus homenajes; y sacando de los ricos tesoros naturales que encuentra en su propio ámbito, paga al Dios hecho hombre un triple tributo con el que, al mismo tiempo, confiesa todo lo que El es, y se consagra para siempre a El como su esclava.

5º Una vez hecho esto, vuelve a su propia tierra, pero «*por otro camino*» (Mt. 2 12), y siendo otra ella misma. A cambio de las riquezas terrenas con que ha rendido homenaje a Dios, ella recibe bienes totalmente sobrenaturales, acrecentamientos de fortaleza, principios nuevos, más elevados y fecundos, y toda clase de aptitudes divinas. Sale de Belén renovada, iluminada, transformada, rodeada de una atmósfera más pura, teniendo delante de sí horizontes mucho más vastos, como también ojos más penetrantes para descubrirlo todo.

6º Ella vuelve a bajar entonces las pendientes que penosamente había subido. Al análisis le hace suceder la síntesis; a las inducciones, las deducciones. En fin,

y por encima de todo, ella es santa y se hace santificante; vive y puede comunicar la vida.

## 2º La fe.

Pero antes de que lleguen los magos, han llegado ya *los pastores*. Esto es, antes de dejarse percibir por la ciencia, Jesús se revela a *la fe*: «*Se deja encontrar [la Sabiduría] –dice el Sabio– por aquellos que la buscan con rectitud; pero se presenta de sí misma a quienes creen en El*» (Sab. 1 2).

1º Esta segunda epifanía de Jesús no exige tantos esfuerzos como la primera, y no supone tampoco tan gran cortejo y acompañamiento. Está destinada a los pequeños, a los ignorantes, a los pobres, al pueblo en fin y a toda la gran muchedumbre humana. Estos pastores que velan durante la noche en los campos de Judá, trabajan, pero en trabajos ordinarios, a los que pueden bastar nuestras más humildes facultades; viven, como por estado, en el vecindario bendito de esta Sabiduría que entabla de tan buena gana «*conversación con los sencillos*» (Prov. 3 32).

2º Los ángeles vienen a instruirlos; porque siempre es necesario que, de un modo u otro, se anuncie el Evangelio. «*¿Cómo invocarán a Aquel en quien no creen? –dice San Pablo–. ¿Y cómo creerán en El, si de El no han oído hablar? ¿Y cómo oirán hablar de El, si nadie les predica? ¿Y quién les predicará, sino los enviados de Dios?*» (Rom. 10 14-15). Por lo tanto, hacen falta embajadores, apóstoles, y si es preciso, ángeles. Estos vienen, se manifiestan y hablan.

3º Los pastores se turban al comienzo por la luz resplandeciente que envuelve a los mensajeros divinos; pero lo que en un primer momento les turba es justamente lo que luego los persuade; pues el sentido común les dice que una aparición tan repentina y radiante no puede ser obra sino de Dios, y que desde entonces no podría cubrir con su crédito una falsedad ni garantizar una mentira. Es lo que el pueblo siempre se dice siempre, y tiene razón de decirse, cuando ve el apostolado cristiano ilustrado y corroborado con el milagro.

4º Por lo demás, el ángel da a los pastores una señal fácil de reconocer: «*Os ha nacido hoy un Salvador en la ciudad de David –les dice–; es el Cristo, el Señor y el Mesías esperado, un niño envuelto en pañales, y que hallaréis reclinado en un pesebre*» (Lc. 3 11). No tienen ellos la costumbre de hacer mil preguntas sobre las cosas. Alguien con autoridad les habla, ellos le creen; todo va directo para ellos, y por eso todo va rápido. «*Vayamos y veamos*», se dicen unos a otros. Dicho y hecho: *van*, y van sin mucho esfuerzo; el camino es llano y corto; y apenas han llegado, *ven*. Todo es tal como les habían dicho: «*Como lo habíamos oído –pueden decirse con el Salmista–, así lo vemos en la ciudad de nuestro Dios, en la ciudad del Señor de los ejércitos*» (Sal. 47 9). Su corazón rebosa de alegría, y todo su ser se ensancha en el agradecimiento, la admiración y el amor.

6º Llegando antes que los magos, son también mucho más numerosos, ya que la ciencia es el privilegio de algunos pocos, mientras que la fe es el patrimonio de todos.

### 3º La contemplación.

En fin, los mismos pastores, que se adelantan a los magos en el pesebre, encuentran allí a alguien que está como instalado de antemano: y ese es **José**. Representa aquí *la oración*, la contemplación, el ojo siete veces clarividente del amor, el sentido místico que, superando incomparablemente a la ciencia propiamente dicha, es como la intuición de la fe y el grado en que ésta confina con la visión beatífica.

1º Donde la ciencia no ve nada aún, donde la fe no hace más que entrever, la oración penetra osadamente, y lo capta todo desde el primer vistazo. Aunque la oración sea una moción, una tendencia hacia Dios, se puede decir que ella no tiene que hacer un verdadero viaje. Ella pertenece al país de los misterios; lo divino es su clima natal. Ella es la confidente de Dios y el testigo acreditado de sus obras. «*El cielo —dice David—, es la sede del Señor*» (Sal. 10 5). Ella es el cielo de la tierra, razón por la cual, cuando «*el cielo de los cielos*» desciende hasta nosotros, ella es su primera etapa.

2º De ahí se sigue que la oración es el lugar de la primera y más preciosa aparición de Jesús. Está claro que no hay oración sin fe, ya que la fe es su principio mismo; pero la oración supone en el alma creyente un tal hábito y un tal acto, que por ella esta alma se encuentra enseguida abierta, acompañada y como emparejada con Jesús. Por así decir, Jesús nace junto a ella, ante sus ojos, dentro de su corazón y casi en sus manos. Esa es justamente la porción de José. Verdad es que no entra él en el misterio de Cristo a título de colaborador directo y de actor, pues esa es la gloria exclusiva de María; sin embargo, tiene con Jesús un lazo muy real y muy estrecho, cuya razón y nudo es María, su castísima esposa.

3º Esto nos enseña también que no puede haber, en la Iglesia, verdadera vida interior, verdadera ciencia y sabiduría místicas, verdadero e íntimo conocimiento de Cristo, verdadera entrada en sus misterios y profunda comunión en la gracia de que están llenos, sin el intermediario y el concurso de la Santísima Virgen.

**Al que siendo infante los Magos veneraron en la cuna,  
nosotros adorémosle omnipotente en los cielos.  
Y así como ellos de sus tesoros ofrecieron al Señor  
místicos dones, así nosotros de nuestros corazones  
presentémosle lo que es digno de Dios.**

San León Papa, en los Maitines de la Epifanía